

Los tacones de Lupita

Reconozco que todavía lo hago. ¡Sí! Como también lo hacían el resto de ciudadanos durante varios meses, allá por aquellos años, tan lejanos y, a la vez, tan cercanos en la memoria. Son pocas las ocasiones que paseo por esa calle, que me trae tantos recuerdos. Es instintivo. Después del tiempo pasado, todavía sigo haciéndolo, quizá pensando que vuelva a ver, una vez más, la cabecita rizada de pelo negro asomada sobre el largo balcón.

Ahora, a mis 73 años vividos y esparcidos por distintos puntos de la Península Ibérica, recalco en mi Santander querido. Como los toros a punto de morir, se van acercando poco a poco a la puerta de toriles, yo estoy regresando a mi ciudad para esperar lo que me depare la vida. Por lo tanto, además de mirar hacia arriba, prefiero imaginar a mi querida vecina saliendo del portal con paso rápido. ¡Ay Lupita qué años aquellos!

Con Lupita viví mi adolescencia incandescente. Aprendí de los libros que caían en mis manos todo lo relacionado con el sexo. Los tacones de aquella mujer desataban mis peores instintos de jovencita revolucionada por las hormonas.

Desde hacía varios años vivíamos en aquella céntrica calle. Por aquel entonces, don Rogelio, un indiano que años atrás había marchado a Méjico para hacer fortuna, había vuelto a sus raíces. Estaba buscando un piso en la ciudad que le vio nacer. Se trataba, pues, de un emigrante que regresaba a España, después de hacer un dineral con negocios en Méjico. En nuestra escalera, justo encima de nosotros, se vendía un piso que, al parecer, cumplía todos los requisitos requeridos por el indiano.

De ese modo conocimos a don Rogelio que, después de muchos regateos con el dueño, firmó las escrituras y se instaló en el cuarto izquierda. Acababa de morir su mujer, así que prefirió traer sus cenizas para enterrarlas en su tierra natal. Aquel lacónico millonario tenía tres hijos, dos chicos casados y una chica soltera, Lupita, la cual se quedó a vivir con su padre, no queriendo regresar junto con sus hermanos a tierras mejicanas para seguir llevando las riendas de los negocios, que, al parecer eran bastantes y con rentabilidades muy jugosas.

Rogelio era un señor todo gris. Bajito y anodino. Encorvado y con andares entrecortados; subía y bajaba las escaleras siempre a toda prisa, como si alguien le estuviera persiguiendo. Vestimenta gris, incluido el clásico chaleco; zapatos abotinados con calcetines también grises; su pelo junto con la montura de las gafas hacían juego, formando un conjunto de diversas tonalidades dentro del mismo color. Parco en palabras, apenas saludaba cuando subíamos en el ascensor, las pocas veces que coincidíamos; sin embargo, desde el primer momento me pareció que era un hombre correcto y educado.

Yo apenas contaba los 17 años y toda la gente de alrededor me parecía mayorcísima. Creo que todavía seguía en la terrible adolescencia y con muy pocas ganas de abandonarla. Mi auténtica pasión era leer. Ya desde pequeña leía con fruición todo cuanto llegaba a mis manos. Todo, todo no, porque las matemáticas y la filosofía de mi bachillerato superior –así se llamaba- llegaron a atragantarse de una manera permanente, muy duradera. Tuve que pasar muchas horas delante de los libros, meter muchos días y dolores de cabeza hasta conseguir aprobar la maldita revalida. Mi pasión era la literatura romántica que me llevaban a otros mundos donde me sumergía largas horas, apartada del mundanal ruido. En aquellos momentos yo soñaba con príncipes y princesas. ¡Qué tontorrón!

Conocí a Lupita en el ascensor. Simplemente un saludo cordial pero sin aspavientos. La hija de Rogelio, era bastante mayor que yo. Aunque pensándolo desde la distancia, tan sólo eran cinco o seis años de diferencia, pero que en aquel momento me parecía abismal.

De facciones agradables, muy menudita, morena y pelo ensortijado. En su casa hacía las funciones, de su madre fallecida, a la perfección. Le gustaba vestir diferente, es decir, al estilo mejicano; con faldas amplias donde jugaban un papel importante los célebres cancanes. Blusas blancas caídas que, dejaban al descubierto sus pequeños hombros. Además de pomposas combinaciones de colores para la mañana y vestidos ceñidos, muy de moda en aquel tiempo, para la tarde. Era una mujer muy discreta, que tampoco hablaba con los vecinos, tan sólo lo justito. Se limitaba a sonreír. Si alguien le preguntaba alguna cosa, de inmediato contestaba amablemente. Su debilidad eran los zapatos de salón, con enormes tacones de aguja que se ponía cuando salía a las tardes de paseo. Llegué a contar 10 pares de diferentes colores, siempre mismo modelo, con

idéntica altura. Me obsesionaban los de color rojo. Parecía una artista de cine que había saltado de la pantalla para venir a saludarme en el portal de mi casa.

Como no teníamos jardín, pues eran viviendas de dos pisos en cada altura, Rogelio no había podido colocar la célebre palmera, muy propia de todo indiano que se precie. Alguna vez que otra, por lo general dos o tres veces al año, aparecía el resto de sus hijos, ya casados y con su numerosa prole, para visitarlos durante unos largos días. A nosotras, a mi madre también, nos gustaba hablar con ellos en el portal o en la misma escalera, porque nos hacía mucha gracia el acento manito, adquirido durante su estancia en Méjico. Tampoco lo entendíamos muy bien, pues habían emigrado veinte años antes. La Diosa Fortuna sonrió a Rogelio nada más pisar el otro continente.

Gran admiradora de la vida, era muy corriente verme observando a los vecinos; formábamos casi una gran familia. Había dos o tres matrimonios que eran íntimos amigos de mis padres y venían con frecuencia a merendar a casa. Me inspiraban sus caras; me inventaba historietas que, más adelante, escribía en un diario de piel rojo que todavía guardo celosamente en el escritorio de mi cuarto.

Por aquel entonces, murió, muy repentinamente, Rogelio, dejando a su hija sola y triste, además de inmensamente rica. Fue una etapa muy dura para la muchacha. Literalmente se enclaustró. Cambió toda su ropa de colores alegres por otra totalmente negra que le hacía todavía más menuda. Aunque no dejaba de calzarse sus tacones altos, incluso para salir a comprar el pan. En aquella época los lutos duraban una eternidad; era muy corriente ver a mujeres tremendamente jóvenes de negro riguroso, incluso con mantilla, por el fallecimiento de algún familiar muy allegado. Yo notaba perfectamente que apenas salía de casa porque su famoso taconeo rara vez se escuchaba y menos por la noche.

Guadalupe apenas tenía conocidos; los poquísimos amigos de su padre. Francamente no tenía con quien salir –pensaba yo-. Se había dedicado por entero a su progenitor, muy afectado por la muerte de su esposa. Se comentaba en el vecindario que Rogelio no había superado semejante trance y por eso murió, de tristeza decían las más habladoras. Sin embargo, después de pasados bastantes meses, la joven mejicana empezó a conocer a gente de su edad, a través de una amiga de sus padres que también había recalado en nuestra ciudad. La cosa es que la rica heredera comenzó a salir. A merendar con las nuevas amistades; a pasear por la avenida, cuando el tiempo lo permitía. El cine, las

cenar con los amigos. Estos nuevos aires le dieron alas. Hasta su físico parecía distinto. Sonreía más a menudo, incluso se atrevía a mantener varios párrafos seguidos con mi madre que, siempre estaba dispuesta a entablar conversación con palabras amables mientras subían en el ascensor, artilugio moderno que daba muchas posibilidades para dialogar con las personas, entablar amistad si aquello merecía la pena.

La ciudad donde vivíamos no era excesivamente grande; todos nos conocíamos al menos de vista. Naturalmente ya se sabía en toda la ciudad que, la mejicana había heredado muchísimo dinero, un auténtico fortunón. Y así, como por arte de magia, aparecían galanes capaces que robarla el corazón. Alternativamente salía con unos y con otros, pero siempre con la discreción a la que nos tenía acostumbrados. Creo que fue la mejor etapa de aquella mujer excesivamente solitaria. Y entonces, llegado el verano, fue cuando conoció a un “señorito”, como se decía de los hombres que no tenían oficio ni beneficio. Se trataba de uno de los conocidos merodeadores, caza fortunas, buscando mujeres inocentes a las que tan sólo se dedicaba a chulear como ocurrió con Lupita que, muy pronto cayó en sus redes. En nuestro argot juvenil los llamábamos señoritos “ni fu, ni fa” es decir, poco recomendables, sin trabajo conocido que aprovechando su físico engañaban a las chicas ricas mientras ellos no daban un palo al agua.

Y así sucedió. Nuestra vecina, la pobre muchacha, se enamoró perdidamente de aquel galán guaperas. Salía mucho más; apenas paraba en casa. Se pintaba los ojos y ponía un rojo carmesí en sus labios; además mejorado considerablemente el vestuario. En numerosas ocasiones, hasta cuando nos la cruzábamos, esbozaba una tímida y leve sonrisa, mirándonos a los ojos.

Volvía cada vez más tarde a casa, incluso de madrugada. Yo escuchaba el tintineo alegre de los tacones sobre la madera del largo pasillo y miraba apresuradamente la hora en mi despertador que tenía en la mesilla de noche. Calculaba los retrasos verificándolos con la llegada del día anterior. De ese modo iba imaginándome una novela que no se podía comparar ni con los mejores libros que caían en mis manos. Debo reconocer que yo era una romántica perdida que tan sólo leía novelas de amor y lujo, subditos de tono, dejándome llevar a campos no muy propios de una señorita educada en un colegio de monjas.

Así me imaginaba lo imaginable. Inventaba mil historias amorosas en torno a la joven vecina. La veía casada, con muchos hijos; risueña y elegante, siempre montada en sus altísimos tacones, los cuales sólo con mirarlos ya producían vértigo. Hasta que un día sucedió algo que me hizo sonreír y arrebujarme entre mis sabanas, intentando escuchar algo más... Esta vez oí no sólo los tacones de aguja de Guadalupe, sino también el ruido que hacían otros zapatos más pesados, con un sonido más poderoso y profundo. Eran dos personas las que recorrían el pasillo unas veces con premura y, otras con parsimonia. Y cada vez con más frecuencia el tac-tac resonaba por el pasillo.

En esos momentos se desataba mi imaginación más y más calenturienta. Reía para mis adentros pensando –estaba en lo cierto- que aquel hombretón se la llevaba a la cama, día sí y otro también. Prácticamente subían y bajaban juntos varias veces al día, para escándalo de la comunidad y del chismoso Rafael, el portero silicótico que abandonando la mina en Asturias, se había colocado en nuestra casa de portero.

¡Pobrecita Lupita!, era feliz y no hacía mal a nadie. En muchas ocasiones la vecindad hablaba sin parar del chulo acompañante. Que si unas le conocían porque había dejado abandonada a su mujer; otras, las más, maldecían el daño que había hecho a la hija de su amiga fulanita. Sin embargo nadie se atrevía a decirle a Lupita quién era en realidad aquél hombre de facha tan imponente, aunque creo que ella no hubiera hecho caso alguno. En fin, como vivíamos en una ciudad muy pueblerina, todo el mundo sabía la vida y milagros del resto de los habitantes, aunque la mayoría de las veces se la inventaban. Pronto fue el tema de conversación en todas las reuniones, el arma arrojadiza cuando no tenían de qué hablar. Lo peor del caso es que era verdad. Aquella mejicana de adopción era engañada por un chulo que sabía ser simpático y amable cuando quería.

Fue una etapa alegre para Guadalupe. Aperitivos. Comía en los restaurantes más caros; iba a bailar muchas tardes. Alternaba. Al principio todo iba muy bien. Se la veía contenta y feliz. Hasta que un día el sinvergüenza guaperas empezó a pedir dinero. Cada vez un poquito más entre arrullos y cariños. Que si pensaba montar un negocio; que si saldar una urgente deuda; un regalo para su mamá; necesitaba ropa nueva. Casi todos los días había una excusa. Naturalmente ella soltaba y soltaba sin preguntarse cuánto le podía quedar en el banco. Sabía que tenía muchos millones y que no necesitaba dar cuentas a nadie ni siquiera a sus lejanos hermanos.

En otras ocasiones la joven miraba por la mirilla cuando algún vecino se acercaba a tocar su timbre y no abría la puerta; ni las súplicas de sus vecinas, ni las voces de Rafael, el portero, ablandaban aquel corazón malherido. Por otro lado, se habló con el párroco de la iglesia vecina, que por aquellos tiempos mandaba más de la cuenta, para que intentara entablar conversación con ella a través de la puerta si era el caso. Pero fue en vano. Muy pronto las noticias corrieron como la pólvora por la ciudad. Y la historia de aquel mal amor de Lupita también.

Casi a diario era normal ver a la gente paseando y mirando hacia arriba para ver a la mejicana apoyada en el quicio del balcón, durante largas horas, incluso se llegaron a hacer apuestas sobre si Guadalupe estaría asomada o no. A mí me daba mucha pena toda aquella historia; jamás volví a escuchar el taconeo que ya era para mí de lo más familiar. Y lo que me indignaba eran las fabulaciones de la gente que ni siquiera la conocían de vista y se inventaban historias extrañas e incorrectas sobre la pobre mujer. Pasaron los días, incluso meses con ella asomada en el balcón, con su pequeña cabecita recortada en lo alto, mientras él paseaba enfrente del brazo de mujerzuelas riendo y saludando. ¡Qué crueldad!

Ese verano, avisados por algún amigo de la familia, aparecieron los hermanos con sus respectivas familias. Los sobrinos pequeños alegraron un poco el corazón de su tía, aunque no conseguían arrancarla del maldito balcón las horas que ella estimaba podía pasar su antiguo amor. Muy amablemente agradecieron a la vecindad las atenciones para con su hermana y preguntaban a hurtadillas y con mucha educación si alguien conocía al señorito cabrón. Así también pasó el verano rápidamente y los hermanos tuvieron que regresar a Méjico para controlar de nuevo sus negocios y la pobre mujer se volvió a quedar solitaria, pero siempre asomada al balcón. En vano intentaron llevársela con ellos, con súplicas y promesas; pero Lupita renunció a acompañarlos. Estaba obsesionada con la idea de que quizá algún día volviera a sus brazos aquel canalla y mal hombre.

Una mañana de aquel otoño incipiente, cuando las hojas de los árboles caían a tropezones y el viento raseado obligaba a sacar los abrigo, empezamos a notar manchas alarmantes en el techo de varias habitaciones de nuestra casa. Al tiempo, Rafael, el portero, nos comunicó que salía agua a raudales por debajo de la puerta de Guadalupe, cayendo al hueco del ascensor, dejándolo inservible para el resto de la vecindad.

Todos sospechamos que algo muy tremendo estaba ocurriendo en el cuarto izquierda. Primero subió mi padre con el portero; llamaron varias veces, pero nadie contestaba. Entonces hubo que buscar ayuda con la policía y los bomberos para tirar la puerta. A nosotras nos prohibieron acercarnos; ni siquiera asomarnos al descansillo. Cada vez se notaba un olor más fuerte a gas. Un montón de gente subía apresuradamente por las escaleras. Camilla, Cruz Roja, guardias municipales, hasta una ambulancia vomitaba su intermitencia, esperando frente al portal.

Mi padre, como médico que era, entró con el primer grupo y se encontró con lo que sospechaba desde el primer instante:

Lupita yacía desnuda en la bañera, con las venas cortadas. El rojo de la sangre se mezclaba con el agua que inundaba el suelo y bajaba por las escaleras y el hueco del ascensor a modo de cascada. El calentador seguía funcionando a toda potencia, provocando que un humo de color muy extraño inundara toda la habitación y parte del pasillo, incluso asomando por la puerta principal.

Nuestra joven vecina, Lupita, había tenido la delicadeza de dejar ropa limpia sobre la banqueta, ordenada cuidadosamente: el vestido negro ceñido, el bolso también negro de una marca muy cara. Junto con sus zapatos negros de tacón de aguja, todo dispuesto, como si fuera a salir de paseo y al baile.

La ciudad sigue siendo pequeña. Todo el mundo conoce al cabrón que engatusó a la pobre mujer, incluso medio arruinándola. También supimos de las muchas mujeres que habían pasado por sus brazos a lo largo de estos años. El amor es así: sabes de engaños seguros, pero siempre piensas que contigo no va a ocurrir.

Yo, a pesar de la edad, sigo leyendo historias de amor con finales felices. De vez en cuando, en el silencio de mi habitación, me parece escuchar el taconeo pimpante de la pobre Lupita. Pero no, todo es silencio. Su espíritu aún cabalga por el balcón. Todavía de vez en cuando algún transeúnte mira hacia el balcón del cuarto izquierda.

Pseudónimo: Sotileza